

PAISAJE Y TERRITORIO

Articulaciones teóricas y empíricas

Martín M. Checa-Artasu
Armando García Chiang
Paula Soto Villagran
Pere Sunyer Martín

Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Iztapalapa



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD IZTAPALAPA División de Ciencias Sociales y Humanidades
Departamento de Sociología

th

TIRANT HUMANIDADES

México D.F., 2014

Copyright © 2014

Todos los derechos reservados. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética, o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación sin permiso escrito del autor y del editor.

En caso de erratas y actualizaciones, la Editorial Tirant Humanidades México publicará la pertinente corrección en la página web <http://www.tirant.com/mex/>

Este libro ha sido dictaminado positivamente por pares académicos ciegos y externos, a través del Comité Editorial del Departamento de Sociología de la UAM-Iztapalapa.

Director de la colección
JOAN ROMERO GONZÁLEZ
Catedrático de Geografía Humana
Universitat de València

© Varios autores

- © Universidad Autónoma Metropolitana
Prolongación Canal de Miramontes 3855
Ex Hacienda San Juan de Dios
Delegación Tlalpan, C.P. 14387, México, D.F.
Unidad Iztapalapa
Consejo Editorial de la División de Ciencias Sociales y Humanidades
San Rafael Atlixco No. 186, edificio H, Segundo Piso, H-215
Colonia Vicentina, C.P. 09340 Iztapalapa
Ciudad de México, D.F., México
ISBN UAM: 978-607-28-0342-8
Responsable de la edición: Mario Zaragoza Ramírez
- © TIRANT HUMANIDADES MÉXICO
EDITA: TIRANT HUMANIDADES MÉXICO
Leibnitz 14
Colonia Nueva Anzures
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11590 México D.F.
Tel.: (55) 65502317
infomex@tirant.com
<http://www.tirant.com/mex/>
<http://www.tirant.es>
ISBN: 978-84-16349-08-1
MAQUETA: Tink Factoría de Color

Si tiene alguna queja o sugerencia, envíenos un mail a: atencioncliente@tirant.com. En caso de no ser atendida su sugerencia, por favor, lea en www.tirant.net/index.php/empresa/politicas-de-empresa nuestro Procedimiento de quejas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Rector General
SALVADOR VEGA Y LEÓN

Secretario General
M. EN C. Q. NORBERTO MANJARREZ ÁLVAREZ

UNIDAD IZTAPALAPA

Rector
DR. J. OCTAVIO NATERAS DOMÍNGUEZ

Secretario
DR. MIGUEL ÁNGEL GÓMEZ FONSECA

Directora de la División de Ciencias Sociales y Humanidades
DRA. JUANA JUÁREZ ROMERO

Jefe del Departamento de Sociología
DR. ENRIQUE CUNA PÉREZ

Coordinadora del Consejo Editorial de la División de CSH
DRA. ALICIA LINDÓN VILLORIA

Asistente Editorial
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA
MTRO. MARIO ALBERTO ZARAGOZA RAMÍREZ

Índice

INTRODUCCIÓN.....	11
<i>Pere Sunyer Martín</i>	

EL PAISAJE DESDE LA GEOGRAFÍA

EL PAISAJE EN LA GEOGRAFÍA MODERNA.....	31
<i>Nicolás Ortega Cantero</i>	

CONOCIMIENTO GEOGRÁFICO DEL PAISAJE Y POLÍTICAS PÚBLICAS. ESTUDIOS Y EXPERIENCIAS DE GESTIÓN A DISTINTAS ESCALAS.....	49
<i>Rafael Mata Olmo</i>	

EL ORDEN NATURAL DEL PAISAJE EN LA GEOGRAFÍA FÍSICA ACTUAL.....	89
<i>Arturo García Romero</i>	

MIRADAS AL PAISAJE DESDE OTRAS GEOGRAFÍAS

LA (RE) INVENCIÓN DE LAS IMÁGENES DE LA PAMPA ARGENTINA. DE LOS PAISAJES PICTÓRICOS A LOS PAISAJES PERFORMATIVOS	109
<i>Perla Zusman</i>	

CONCEPTO Y VIVENCIA DEL PAISAJE EN LA ANTIGUA CHINA	131
<i>María Teresa González Linaje</i>	

PAISAJES POLARES: REFLEXIONES EN TORNO A LO EXTREMO	157
<i>Martín Manuel Checa-Artasu</i>	

DIMENSIONES SOCIALES, CULTURALES Y PAISAJÍSTICAS DEL DESASTRE. EL TERREMOTO DEL 27/F 2010 EN CHILE	197
<i>Paula Soto Villagrán</i>	
<i>Nicolás Gissi Barvieri</i>	

MIRADAS AL PAISAJE DESDE OTRAS DISCIPLINAS

EL CAMINO A MORDOR. PAISAJE Y TERRITORIO EN LA NOVELA FANTÁSTICA	219
<i>Armando García Chiang</i>	

ARTE Y PAISAJE EN LA MODERNIDAD	255
<i>Liliana López Levi</i>	
<i>Blanca Rebeca Ramírez</i>	

EL PAISAJE EN MÉXICO

UN PAISAJE QUE NO ES BIEN VISTO. EL PUEBLO HUERTERO DE ATOTONILCO EL ALTO	283
<i>José de Jesús Hernández López</i>	

EL PAISAJE AGAVERO DE TEQUILA: UN MODELO CLAROSCURO DE GESTIÓN DEL PATRIMONIO CULTURAL	307
<i>Luis Felipe Cabrales Barajas</i>	

RECUPERACIÓN Y PUESTA EN VALOR DE PAISAJES CULTURALES EN MÉXICO: TRES SITIOS EMBLEMÁTICOS	349
<i>Saúl Alcántara Onofre</i>	
<i>Salvador Aceves García</i>	

INCERTIDUMBRE Y ARRAIGO EN LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL TERRITORIO EN LA COLONIA BOSQUE BELÉN DE LAS FLORES	369
<i>Luis Llanos Hernández</i>	
<i>Martha Elena Bañuelos</i>	

OPORTUNIDADES Y CARENCIAS PARA UNA CULTURA DEL PAISAJE EN MÉXICO. ALGUNAS NOTAS	389
<i>Martín Manuel Checa-Artasu</i>	

INTRODUCCIÓN

PERE SUNYER MARTÍN¹

Paisaje y territorio. Articulaciones teóricas y empíricas reúne la aportación de especialistas procedentes de diversos campos disciplinarios sobre el paisaje, desde la geografía a la arquitectura pasando por la antropología y las ciencias políticas. Todas estas contribuciones comparten el interés común por promover la reflexión sobre el paisaje y hacerlo desde la preocupación y la sensibilidad. Desde la preocupación creciente por los acelerados cambios que se dan en los espacios rurales, urbanos y periurbanos, con la consecuente desaparición de paisajes hasta hace poco todavía observables, que se traduce en una patente pérdida del valor y de la calidad del entorno en el que viven muchos de los habitantes de México, principalmente de los que radican en sus cada vez más extensas y pobladas áreas metropolitanas. Un fenómeno, por otro lado, que está aconteciendo en muchas partes del mundo pero que reviste una dimensión que podríamos calificar de trágica en los países latinoamericanos, particularmente el país azteca.

Y también desde la sensibilidad. La de las personas que ven que junto con la mengua flagrante de paisajes, se pierde todo el entorno cultural, traducido en usos, toponimia, creencias, vivencias, tecnologías y conocimientos tradicionales de diferente tipo: agrícolas, hidráulicos y forestales que sobrevivieron con más o menos éxito hasta hace pocos años y que renqueantes, algunos, llegan hasta hoy. No es que desaparezcan los paisajes en sí, pues estos existirán en tanto haya personas capaces de ver el territorio y dotarlo de sentido. Desaparecen todos aquellos elementos asociados a él, que remiten a la identidad y a la memoria, lo que es particularmente grave.

El paisaje no es un tema exclusivo de los geógrafos, pero son ellos quienes mejor responden a sus inquietudes y a su forma de hacer y pensar el territorio, por sus características intrínsecas. No se trata de una afirmación de carácter corporativista, como pudiera parecer: la geografía ha mantenido con el paisaje una larga relación que se remonta al papel que le otorgaron los padres putativos de la geografía contemporánea, cuando aún el propio término “paisaje”

¹ Profesor de la Licenciatura en Geografía Humana. Departamento de Sociología. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

era poco utilizada². Puede entenderse por qué el naturalista alemán Alejandro de Humboldt usó en algunas de sus obras más socorridas *Cuadros de la naturaleza* (*Tableau de la nature*, 1808) y más adelante en *Vistas de las Cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América* (*Vues des cordillères et monuments des peuples indigènes de l'Amérique*, 1816) numerosos grabados en los que pueden observarse las maravillas de la naturaleza americana³. De la misma manera que lo fue para el célebre alemán, el paisaje está en el centro de la indagación del geógrafo, y es producto de la dialéctica que se establece entre la naturaleza, la cultura y la sociedad⁴.

Junto al paisaje hay que considerar dos de los términos que le dan vida: el territorio y la sociedad. Paisaje, territorio y sociedad, conforman una tríada que debería ser indisoluble. Hablar de cualquiera de ellos, o la intervención sobre cualquiera de ellos, remite y afecta a cualquiera de los otros dos:

Paisaje y territorio son las dos maneras como se presentan al geógrafo la parte perceptible y material de sus preocupaciones epistemológicas. Para los especialistas en el estudio del paisaje, este y el territorio son respectivamente la forma y el proceso, el fenotipo y el genotipo, resultado de la actuación pasada y presente del hombre sobre la superficie terrestre y condicionante de su futuro. Las huellas del actuar humano en el territorio se revelan en el paisaje. Sin embargo, no son registros fósiles y por lo tanto inoperativos actualmente, que es lo que se asocia con el término palimpsesto con el que se ha tildado

² Uso el término de “padres putativos” en el mismo sentido que lo empleó Horacio Capel en su obra ya clásica *Filosofía y ciencia de la geografía contemporánea* (1981) (Capel, 2012).

³ Sobre la importancia de esas “vistas” y “cuadros” en la obra de Humboldt, puede verse Labastida (1999, p. 90).

⁴ La vinculación del paisaje con la geografía proviene de antiguo, principalmente por su asociación con las observaciones de los fenómenos y los elementos de la superficie terrestre habituales en las descripciones geográficas, aunque originalmente se abordaba de forma poco sistemática. Y el Plan Sectorial hasta finales del siglo XIX y, sobre todo, del XX que empezó a incorporarse de forma más objetiva. Diferentes escuelas geográficas como la alemana, con Siegfried Passarge (1867-1958), Otto Schlüter (1872-1952), Carl Troll y Oskar Schmieder (1891-1980) (Bahr y Dillner, 1981; Czepczynski, 2008; Harvey y Wardenga, 1998; Simms, 2013), la rusa, principalmente con Vassili V. Dokuchaiev (Frolova, 2001), la francesa con Jean Brunhes, y la norteamericana con Sauer, han hecho de él un elemento clave explicativo de las relaciones hombre-medio ya fuese dando más relevancia a los estudios del medio físico —como en el caso de la escuela rusa— ya como medio para explicar a la sociedad —como aconteció con la escuela alemana, francesa y estadounidense. Entre los estudios que revisan la aportación de la geografía al paisaje puede verse Capel (2012), Baker (2003), Bolós, (1992).

tradicionalmente al paisaje⁵. Al contrario. Como afirma Rafael Mata, son elementos activos que inciden en el presente y lo seguirán haciendo en el futuro⁶.

Hablar del paisaje requiere, sin duda alguna, hacerlo del territorio, pero también de la sociedad que vive en él. El ser humano y la sociedad en la que este se inserta serían el tercer elemento de la tríada sobre la que se asientan las investigaciones del geógrafo. Se suele afirmar que hay una correspondencia entre el paisaje, el territorio y la sociedad que sobre él vive, y esto es lo que trata de leer el geógrafo. El paisaje y el territorio son reflejos de las decisiones tomadas a nivel individual y colectivo, y de las tensiones que en el seno de la sociedad se viven. Pero también de sus ideas y creencias, y de los imaginarios que despiertan en ella el territorio y su contenido. Nunca ha sido baladí la relación del ser humano con el territorio que habita. De tal suerte que pareciera que una buena salud social se debería reflejar en una buena calidad de su territorio y en la de sus paisajes, y viceversa. De la calidad del paisaje se revelarían, así, la calidad del territorio y la salud de su sociedad. Esto ya sabemos que no es del todo así, por decir lo menos.

Muchas veces de forma poco consciente se ha asumido que una cierta valoración estética de los paisajes guarda una relación directa con la calidad de vida de la sociedad que en ellos se asienta. Sin embargo, es una interpretación arriesgada y sustentada en bases empíricas muy frágiles. La valoración estética no tiene por qué entender de principios éticos: paisajes que hoy admiramos quizás han sido producto del oprobio y la injusticia; paisajes que hoy detestamos, quizás se asocian con una sociedad opulenta en el que la libertad, la justicia y la igualdad parecen haberse alcanzado. La estética no es, pues, una buena forma de entender y valorar los paisajes y a los geógrafos no es ésta la que más nos debiera importar pues trabajamos con esa parte perceptible del territorio que es el paisaje.

Más probablemente, la homogeneidad o heterogeneidad de los paisajes en sus formas, texturas, colores... cabe asociarlos a la homogeneidad o heterogeneidad de la sociedad que los ha creado. Solo de esta manera se puede entender el lamento a Augustin Berque cuando se pregunta por qué a pesar de la existencia de tantos especialistas del territorio y de los paisajes vivimos en un momento de incapacidad de generar vistas y espacios de calidad similar a los

⁵ Se denomina palimpsesto a aquel documento o soporte gráfico que conserva las huellas de anteriores escritos o usos.

⁶ Comunicación personal (Mata Olmo, 2011).

legados en el pasado (Berque, 2009). Habrá que buscar, quizás, algunos indicadores fuera de la estética y más próximos a la ética y a la justicia, que nos permitan valorar los tres elementos de la tríada a través de la lectura del paisaje.

Sin embargo, el paisaje no existe por sí, como ya nos han tratado de decir algunos geógrafos desde Alfred Hettner. Tampoco están ordenados ni desordenados, ni hay lógica científica tras de ellos. Precisa para su creación de la visión humana la cual va acompañada de, al menos, un elemento que le es indisociable: un punto de vista, un lugar desde donde mirar⁷. Y esa posición se refiere no únicamente al lugar físico desde el cual proyectamos la mirada, sino también del lugar cultural que subyace al mirar y que permite, entre otras cosas, la apreciación estética y la valoración individual y colectiva de la vista, así como la valoración y, posiblemente, la sobrevaloración de sus utilidades. En este último sentido, la tríada que hemos mencionado de paisaje —entendido como el aspecto del país—, territorio, sobre el que se sustenta, y sociedad, la que lo ha creado, parece como si se disolviera en beneficio del primero, que adquiere, ahora sí, notoriedad frente a los otros dos. El paisaje los ha superado.

Los paisajes, cual Narciso de los tiempos modernos, han tomado, así, autonomía y vida propia —o más bien deberíamos decir capacidad suicida—. Y así parece derivarse de la excesiva atención con que organismos internacionales tales como el Centro del Patrimonio Mundial (*World Heritage Centre*, WHC) y la Federación Internacional de Arquitectos Paisajistas (*International Federation of Landscape Architects*, IFLA) le han dedicado, muy por encima de los otros dos implicados, el territorio y la sociedad, y convertirse en su preciado objeto de atención. Los paisajes-objeto devienen inmóviles —estáticos—, manipulables, hasta cierto punto intercambiables y sobre los que cualquier transacción económica, más que ser posible, es su finalidad última.

De esa atención se han derivado recientemente documentos como la *Carta mexicana del paisaje* (SMAP, 2010), firmada por la Sociedad Mexicana de Arquitectos Paisajistas, la *Iniciativa Latinoamericana del Paisaje* (IFLA, 2012), elaborado por diversas sociedades de arquitectos paisajistas de la región, y la *Carta de Puebla sobre la Protección de Paisajes patrimoniales* (2014) resultado de las “Primeras Jornadas de Paisajes Patrimoniales” celebradas en marzo de 2014 en dicha ciudad mexicana; y movimientos diversos, como el que está tras

⁷ Sobre la obra de Hettner, su comprensión del espacio geográfico y el papel del paisaje, léase Harvey y Wardenga (1988: 135). También Donald Meinig comparte estas ideas (Meinig, 1979: 3). En relación con el orden y el desorden de los elementos geográficos la lectura de Bermejo (2006) puede ayudar a comprender la afirmación mencionada.

del “Derecho al paisaje” que se ha promovido desde 2011 por el *Cambridge Center for Landscape and People* (2011). En tales documentos y movimientos parece aceptarse acriticamente el contexto geo-político-económico que tras la II Guerra Mundial se erigió en el mundo, reafirmado en los años 80 bajo la llamada “doctrina Reagan”, luego del neo-liberalismo y, más tarde, bajo la doctrina del “desarrollo sostenible” y, en consecuencia, sus efectos en la sociedad, la cultura y el medio ambiente. Todo ello ha dado lugar a la progresiva desaparición de esos paisajes que hoy se reivindican, no se sabe a ciencia cierta por qué, si por añoranza de los mejores tiempos pasados, por la frustración del deseo de negocio no realizado, o realmente por la conciencia de la pérdida en todos los sentidos de su desaparición.

Y es quizás este aparentemente imparable proceso de objetualización de los paisajes que se siente desde hace unos años a la actualidad, el principal temor que desde disciplinas como la geografía, y algunas otras, se empieza a manifestar. Aunque, como suele acontecer, no todo es negativo: el paisaje convertido en objeto también es la principal esperanza para la mejora de la calidad de vida de muchas poblaciones y el desarrollo de regiones otrora condenadas al ostracismo. El paisaje deviene valor económico a través de la apreciación estética y de los valores —sociales, culturales, ambientales, entre otros— que acarrea⁸.

Hace ya cerca de dos años, desde octubre de 2012, nuevas iniciativas parecen avizorarse en el horizonte de la preservación del paisaje, del territorio y de la sociedad que en él vive. En esa fecha tuvo lugar en la ciudad de Florencia (Italia) la celebración del 40° aniversario de la *Convención del Patrimonio Mundial*, bajo el tema “La protección internacional de los paisajes” (ITKI, 2012). Como ya es sabido, la firma de la *Convención* marcó una época al proponerse a nivel internacional la protección del legado humano y natural de los diversos países del mundo. La celebración del cuadragésimo aniversario supuso una nueva vuelta de tuerca sobre algo que se venía demandando, desde la inclusión en los años noventa del concepto de “paisaje cultural” entre las

⁸ Así lo han entendido desde hace unos años también organismos internacionales como el UNWTO, desde el año 2002 con la declaración de *2002 Año Internacional del Ecoturismo*, y muchas secretarías federales de México, encabezadas por la de Turismo (SECTUR) en el apoyo al turismo de la naturaleza y el ecoturismo. Todo ello se ha visto reflejado tanto en el *Plan Nacional de Desarrollo 2007-2012 (Poder Ejecutivo Federal, 2007)* como en el *Plan Sectorial de Turismo, 2007-2012 (SECTUR, 2007)* y el *Plan Sectorial de Turismo, 2013-2018 (SECTUR, 2013)*.

categorías aceptadas hasta entonces por la UNESCO en la clasificación del patrimonio humano.

La Reunión de Florencia de 2012 sirvió como marco para evaluar la protección internacional de los paisajes y el punto de partida fue la consideración que se hizo del concepto de “paisaje cultural” en 1992, año en que fue incluida esta nueva categoría por la UNESCO. Su desarrollo a lo largo de veinte años de experiencia sobre protección de paisajes culturales en el mundo sirvió de comparación finalmente con la situación del año 2012. Entre las conclusiones a que se llegó en la Reunión estaba la de que no se podía seguir inmovilizando el patrimonio y separarlo de la sociedad que lo engendró. Había que desplazar el concepto de patrimonio desde los objetos a proteger, a los sujetos, las personas, en realidad, los verdaderos protagonistas del patrimonio, autores, usuarios y conservadores de los mismos. Esta consideración tenía pleno sentido cuando se hablaba de paisajes culturales, una categoría intermedia entre las de patrimonio cultural y natural.

Por otro lado, una de las cosas que se había criticado en años posteriores a la inclusión de la nueva categoría en la UNESCO, y que cobraba realce en la Reunión, era el sentido elitista con el que se había pretendido preservar unos paisajes por encima de otros ¿Cuál era el criterio, pues?, ¿cómo valorar el valor humano sobresaliente (*outstanding human value*) de los paisajes que debía llevar a la protección de unos y a denostar otros?

En respuesta a estas preguntas y en relación con el patrimonio, en 1994 se aprobó un documento que debía avalar la bondad, originalidad y valía del patrimonio a proteger. Se trataba del *Documento de autenticidad Nara* (ICOMOS, 1994) que ayudaba supuestamente a dar una mayor “claridad y luz a la memoria de la humanidad”. En su aplicación a los paisajes culturales, esta autenticidad conducía irremisiblemente a fijar el paisaje, a convertirlo en algo inamovible, objetivo y desprendido de cualquier intervención y uso humano. Otra cosa se anhelaba en Florencia 2012.

La reflexión sobre el paisaje fue el principal punto de atención de los asistentes a la celebración del 40º Aniversario de la Convención del Patrimonio Mundial y sus conclusiones formuladas en la *Declaración de Florencia*, documento final de la reunión, buscaron profundizar sobre lo que en adelante debía protegerse en cuanto a paisajes se refiere: se buscaba mantener, ante todo, aquellos elementos tangibles e intangibles que lo alumbraron, desde la vista y los objetos que los conformaban hasta los conocimientos tradicionales y las formas de vida que le dieron luz. Se abordaba la necesidad de proteger a nivel internacional los paisajes, su valor intrínseco, tal como se había hecho con

la firma del Convenio Europeo del Paisaje (Convención de Florencia, 2000) (Consejo de Europa, 2000) y todo lo que estaba tras ellos, la sociedad, los conocimientos y técnicas tradicionales. En este sentido, la participación en este aniversario de instituciones como ITKI (International Traditional Knowledge Institution), a su vez organizador y anfitrión de la Reunión, e ICQHS (International Center on Qanats and Hydraulics Structures) dice mucho del cambio de actitud que se trataba de dar a la concepción internacional de la categoría patrimonial de “paisaje cultural”.

En relación con el paisaje ha habido otros cambios significativos que mencionaremos sucintamente y que ofrecen un panorama más amplio de lo que puede ofrecer al geógrafo el estudio del paisaje. Del paisaje geográfico de las escuelas alemana, rusa y francesa, que recogía el legado integrador que había calado en la geografía del siglo XIX, al paisaje artefacto y al paisaje bello, producto de otras herencias que han tenido eco en el arte, en la arquitectura, y en el uso económico del territorio, se ha llegado a nuevas concepciones de paisaje que se están desarrollando desde diferentes líneas de la geografía cultural y tratan de superar la carga de la aportación de Carl Sauer del primer tercio del siglo XX.

Hacia los años 80 del siglo pasado, Peter Jackson y Dennis Cosgrove reclamaban de la geografía una adaptación a los nuevos tiempos acorde al cambio en la consideración del concepto de cultura en las ciencias sociales. Su primera consecuencia fue en el concepto de “paisaje cultural”, que poco tenía que ver con el que se incorporó en la definición de la UNESCO por aquellos años. Se trataba de des-Sauerizar la geografía cultural y con ella el paisaje (Pred, 1991: 116). Así, a la interpretación neomarxista que proponía Cosgrove en su *Social Formation and Symbolic Landscape* (1984) se añadía la aportación de James Duncan en su celebrada *The City as a Text. The politics of landscape interpretation in the Kandyian Kingdom* (1990) en la que se interrogaba al paisaje, su codificación, su papel en las prácticas sociales y políticas, su retórica.

A estas concepciones hay que añadir otras aproximaciones al estudio de los paisajes desde “los otros sentidos”, como el oído, como descubría el compositor canadiense Raymond Murray Schafer en su libro *The Tuning of the World* (1977), más tarde retitulado *The Soundscape*; y el olfato, *smellscape*, unas líneas que enlazaban con los trabajos que desde la antropología de los sentidos se estaban realizando (Larrea, 1997). También emparentados con los estudios desde la sociología del cuerpo y de las emociones, se ha abierto recientemente otra línea de aproximación al estudio del paisaje, esta vez desde la experiencia total sensible, del cuerpo en su integralidad, y la participación del sentir del

paisaje en la conformación de la “espacialidad” y “geograficidad” del individuo (Besse, 2010: 10-11). Son, desde luego, unas perspectivas muy provocadoras que en algunos casos parecen desdeñar e invalidar la larga trayectoria realizada desde la tradición geográfica para comprender el paisaje y la dinámica de sus elementos, sin tratar de entenderla; se revaloriza lo “háptico” frente a lo “óptico” y se minusvalora todo lo asociado con la vista, entre ellos “el punto de vista”, tachando a los estudiosos tradicionales del paisaje de tener una perspectiva burguesa, europeizante, militarista y machista, con lo cual se proscribe y desvaloriza toda su aportación.

Con estas últimas aportaciones desde posiciones radicales de la geografía como las mencionadas parece mediar una insalvable distancia con las nociones de paisaje que se tenían a finales del siglo XIX, por decir. Apostar por lo próximo y lo háptico, por la experiencia subjetiva del paisaje, parece que poco tiene que ver con esa necesaria distancia con la que el pintor plasmaba en sus telas “el país” y aún con la práctica tradicional del geógrafo basada en la “aprehensión de la parte visible del territorio” (Frolova y Bertrand, 2006: 259). Ante esta polémica cabrá adoptar la postura que proponía Horacio Capel a partir del debate entre cuantitativos y neohistoricistas y que tomaba a su vez de Ernst Cassirer: “el examen atento de la racionalidad de la parte contraria [que] le permitirá rectificar las propias convicciones y aceptar la parte de razón en las críticas que les dirijan los contrarios” (Capel, 2012: 404). Se hace necesario desarrollar vías de comunicación entre estas dos visiones contrapuestas del paisaje que enriquezcan el discurso geográfico y su comprensión del territorio, de la sociedad y del individuo.

Es en este sentido que el hecho de reunir a especialistas sobre el paisaje en un libro colectivo como el que se introduce aquí, adquiere en estos momentos mayor razón de ser. Primero, por las iniciativas que desde hace unos años y, sobre todo, en 2012, como se ha dicho, han habido a nivel internacional y nacional en torno al paisaje. Y segundo, y quizás más importante, por convertirse en una obra hasta cierto punto pionera en México. Pionera por cuanto intenta vertebrar la serie de iniciativas internacionales que se han venido dando en la última década sobre el paisaje con toda una serie de elementos y características de una reflexión propia, surgida desde la academia mexicana, reflejada en no pocos de los textos que se recogen en este libro.

ESTRUCTURA DE LA OBRA

En el primero, *El paisaje desde la geografía*, se recogen tres reflexiones teóricas sobre el paisaje, surgidas desde la geografía. Reflexiones estas que ponen sobre la mesa el carácter geográfico del concepto y el papel de la disciplina geográfica como modulador del mismo. Un segundo apartado lo hemos titulado *Múltiples miradas sobre el paisaje*, donde se recogen seis trabajos que buscan entender el paisaje desde reflexiones interdisciplinarias y en relación a diferentes culturas y diversos tipos de espacialidades. Un entendimiento, por otro lado, necesario dado lo poliédrico del paisaje y que conlleva múltiples miradas culturales. Un tercer apartado titulado *El paisaje en México*, recoge cinco trabajos que se abocan a analizar el paisaje en México desde diferentes perspectivas disciplinarias.

Como ya indicábamos más arriba, los tres primeros textos que forman parte de este libro son parte de un esfuerzo por fijar algunas propuestas teórico conceptuales para entender el paisaje desde una visión disciplinaria geográfica. El texto que abre el primer bloque de temas se titula *El paisaje en la geografía moderna*, de Nicolás Ortega, reconocido catedrático del departamento de geografía de la Universidad Autónoma de Madrid. En él ubica los rasgos más destacados del modo de entender el paisaje promovido por la geografía moderna. En este sentido desde el siglo XIX, la tradición geográfica ha contribuido a conformar un nuevo modo de entender el paisaje integralmente que responde a la doble intención de explicar y de comprender el paisaje. Esto es, que la Geografía no se ha limitado a ver el paisaje como una configuración formal susceptible de ser descrita y explicada, sino que se ha empeñado en descubrir también en él valores y cualidades que hay que comprender. La observación y contacto directo con el paisaje está estrechamente vinculada a la experiencia viajera. Es por ello que los geógrafos modernos incorporan regularmente los procedimientos de la literatura de viajes, procurando mejorar así su capacidad para comunicar cabalmente las experiencias —experiencia del viaje, experiencia del paisaje— a las que se refiere. Todo esto es lo que pone en juego el modo de ver el paisaje promovido por la geografía moderna.

El segundo texto contenido en el libro es *Conocimiento geográfico del paisaje y políticas públicas. Estudios y experiencias de gestión a distintas escalas*, una reflexión de Rafael Mata Olmo, también, profesor titular del departamento de geografía de la Universidad Autónoma de Madrid, destacado especialista en temas de paisaje y ordenamiento territorial. Mata Olmo aborda la misma renovada preocupación por el paisaje en la disciplina geográfica, lo que para los geógrafos implica un exigente despliegue de argumentos para responder

desde el rigor y la ética a la creciente demanda social de paisajes habitables; a interpretarlos y divulgarlos; a conservarlos y mejorarlos. De esta forma el autor reconstruye una trama argumental que articula dos perspectivas: una más bien teórica que recorre las principales definiciones elaboradas desde la geografía sobre paisaje. Especial cuidado se otorga a las aportaciones emanadas desde la disciplina que se han incorporado a recientes tratados y normas nacionales e internacionales sobre la política paisaje. Y por otro lado, este texto plantea claramente una preocupación metodológica y empírica respecto de la cual si bien no existe un método único y acordado para la caracterización del paisaje, el autor considera que las iniciativas a favor de la defensa y gestión de los valores del paisaje encajan mejor en la política urbanística y de ordenación del territorio y en los planes o instrumentos de planificación.

Cierra el contenido de la primera parte de esta monografía el texto *El orden natural del paisaje en la geografía física actual* de Arturo García Romero, investigador del Instituto de Geografía de la Universidad Nacional Autónoma de México. Este trabajo se centra en el caso del Análisis Integrado de Paisajes, una línea de investigación de la que él es introductor en México, a partir de las enseñanzas del Dr. Julio Muñoz, de la Universidad Complutense (España), que ha cobrado gran interés en el ámbito científico nacional, pero para la cual, aun son escasas las referencias nacionales que le dan difusión y los estudios de caso son insuficientes. El autor presenta los criterios básicos para la definición de la estructura espacial y dinámica del paisaje, con especial interés en su utilidad como herramienta de análisis territorial o geográfico, y bajo la consideración de la diversidad de enfoques que a lo largo de una amplia trayectoria histórica de aplicación se han desarrollado.

En el segundo bloque de temas, bajo el título *Múltiples miradas al paisaje* se presentan seis trabajos que comparten la preocupación por entender el paisaje desde reflexiones interdisciplinarias y en relación a diversos tipos de espacialidades y a diversas culturas. Son textos donde se profundiza en algunos procesos distintivos del paisaje y en otros se buscan lecturas integradoras del mismo. Así, en *La (re) invención de las imágenes de la Pampa argentina. De los paisajes pictóricos a los paisajes performativos* de Perla Zusman, geógrafa e investigadora del CONICET argentino, hace un recorrido por algunas de las miradas artísticas y científicas que definieron las características del paisaje pampeano. Estas se encuentran asociadas a ciertos atributos morales y políticos que fueron otorgados a la pampa. La autora retoma los paisajes que se están produciendo en la actualidad en el campo pampeano, los que a su juicio aún no cuentan con nuevos referentes pictóricos o literarios propios. Sin

embargo, estos nuevos paisajes recurren a las imágenes literarias, pictóricas y científicas construidas a lo largo de la historia política argentina para mostrar su raigambre en aquella tradición y naturalizar el tipo de relaciones sociales que se entablan en el marco de las transformaciones actuales. En su argumentación, estas imágenes históricas son superpuestas a algunos de los paisajes producidos en la actualidad como son los “paisajes performativos”, asociados a la práctica deportiva del polo, una actividad que viene desarrollándose y expandiéndose desde la década de 1990 en el campo de la provincia de Buenos Aires. Una conclusión central es que las primeras miradas artísticas y científicas sobre la pampa son incorporadas a los paisajes performativos del polo con la finalidad de definir una ruralidad idílica criolla.

El segundo texto de este apartado se presenta bajo el título *Concepto y vivencia del paisaje en la antigua China*, firmado por María Teresa González Linaje, experta sinóloga e investigadora en arte y estética comparada en el Instituto de Artes Plásticas de la Universidad Veracruzana. En él, la autora busca acotar los márgenes de un vocablo: el paisaje, el cual ha transitado por todas las manifestaciones señeras de la sociedad china. Así, hablar de paisaje en China es hacerlo de la Naturaleza, en mayúscula, ya sea a través de un paseo por el entorno natural, o mediante la visualización de una pintura, o su representación en un jardín chino tradicional, e incluso en una ceremonia del *feng shui*, antes de construir u ocupar una casa. Asimismo, González Linaje subraya que en la antigüedad china el paisaje es una experiencia vital, de contemplación superior, tamizada por la espiritualidad del taoísmo, surgido en una época pretérita que conjugaba elementos chamánicos y rituales; posteriormente se aúnan la filosofía y la geomancia. Su impronta pervive en todas las grandes manifestaciones artísticas de China, y afecta por igual a todos los estratos cultos de la sociedad.

Sin abandonar unas espacialidades concretas pero enfocándose en aspectos perceptuales e incluso psicológicos se presenta la evocación por espacios extremos ya sea por lo físico, geográfico o climático asociados a lo distante o lo sublime en la reflexión *Paisajes polares. Reflexiones en torno a lo extremo*, de Martín Checa-Artasu, profesor titular de la licenciatura de Geografía humana de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. El autor reconstruye la idea de que los paisajes extremos de los entornos polares pueden ser entendidos como paisajes culturales, en tanto el concepto de paisaje es inherente a las formas culturales del hombre occidental y que por ello, podemos detectarlo, mismo en cualquier ambiente aun por extremo y uniforme que parezca. Lo extremo desde su perspectiva se yuxtapone al ejercicio de con-

trol y dominio realizado por el hombre para resolverse como un elemento de tensión entre el hombre y la naturaleza. Una conclusión importante es que la uniformidad que presentan estos paisajes es engañosa, puesto que tras ésta, se amagan las características de un entorno geográfico, de un paisaje, que además sirven para explicarlo en cuanto a su vitalidad, su tectónica y su formación. En esta línea argumental se puede afirmar que no hay paisajes uniformes, o mejor dicho, que la supuesta uniformidad no impide que no haya paisaje. Asimismo se concluye que la presencia del hombre y su acción transformadora expresada en un paisaje, también nos acerca, en no pocos casos, a planteamientos en torno a lo que de sublime tiene el paisaje.

Una tesis similar, ahora donde lo extremo es producido por un desastre natural productor de unos paisajes que visualizan una nueva realidad que concentra el drama de la pérdida pero a la vez la esperanza y deseo de la reconstrucción, se presenta en el trabajo de Paula Soto Villagrán, profesora titular de la licenciatura de Geografía humana de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, y Nicolás Gissi Barvieri, docente en el Depto. de Antropología de la Universidad de Chile. Así, los autores en *Paisaje urbano, cultura y desastre: el terremoto y tsunami del 27 de febrero de 2012 en Chile* desarrollan una reflexión en torno al terremoto del 27/F ocurrido en Chile poniendo énfasis en las dimensiones culturales de la relación entre paisaje, territorio e identidad. Los autores proponen entender las diferentes dimensiones desencadenadas por un fenómeno de tal magnitud como un “Paisaje simbólico”, que articularía por un lado, un sentido colectivo de desamparo y descomposición social extendido en el territorio y que desde su perspectiva se transforma en un elemento único y nuevo, que marca la memoria colectiva y las imágenes mentales a través de las cuales se designa una realidad. Pero también por otro lado: articularía la reconstrucción del territorio mediante un nuevo tejido de las relaciones sociales y políticas de los afectados. En este proceso de reconstrucción la identidad y el territorio son claves fundamentales para comprender integralmente el fenómeno analizado.

Un viraje de orden cultural nos lo propone el texto de Armando García Chiang, profesor titular de la licenciatura de Geografía humana de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, intitulado *El camino a Mordor. Paisaje y territorio en la literatura fantástica*. El autor elabora un análisis que acercan la literatura y la ciencia geográfica a través del estudio de la obra más conocida de John Ronald Reuel Tolkien *El Señor de los Anillos*. En esta perspectiva se argumenta que en la creación de esta obra literaria se construye una geografía propia donde el territorio es uno de los protagonistas de

la historia y no solo el contexto donde actúan sus personajes. Según el autor, Tolkien desarrolla hábiles y detalladas descripciones de paisajes intrínsecamente ligados a las comunidades que los habitan. Recoge minuciosamente los itinerarios que recorren los personajes de la obra y nos muestra una particular construcción geográfica del paisaje claramente desde una mirada cultural, algo que el cine, a través de la saga dirigida por Peter Jackson ha sabido vertebrar perfectamente e incluso integrar en unos paisajes reales como son los de Nueva Zelanda. Una conclusión interesante es que esta aproximación entre literatura y geografía es vista como de utilidad incluso pedagógica para la enseñanza de la geografía.

Un acercamiento a la concepción del paisaje desde el arte, nos lo proponen, como último capítulo de este bloque, Liliana López Levi, profesora titular en el Departamento de Política y Cultura de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, y Blanca Rebeca Ramírez, profesora titular en el Departamento de Teoría y Análisis de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. Lleva como título *Arte y paisaje en la modernidad*. Su contribución invita a volver la vista atrás y recuperar lo que la geografía ha olvidado de las artes. Para ellas, el esfuerzo actual de conceptualización actual del paisaje debe reflexionar sobre las formas como se concebía y se representaba en distintos momentos de la historia. López Levi y Ramírez parten del ejercicio de definir lo que es el paisaje y en un segundo momento vinculan a la geografía y la pintura, a través del paisaje, apuntando que se trata de dos formas de representación del mundo, que ellas intentan hacer convergir. En ese sentido, las autoras apuntan que si bien el conocimiento implica creatividad y la creatividad conocimiento, solemos separar sus productos. No obstante, abundan los momentos en que estuvieron juntos. Con la modernidad, el conocimiento y el arte se fueron separando de manera tal que la descripción del paisaje rural que hacían los geógrafos a principios del siglo XX, pertenecía al mundo intelectual; en cambio, las obras pictóricas, que podían reflejar los mismos lugares, se encontraban en terrenos del arte. Liliana López Levi y Blanca Ramírez sostienen que desde las artes plásticas, en general, y la pintura, en particular, se debe aprender a no reducir el paisaje a la parte material, sino recoger también las emociones que quienes la generaron plasmaron en sus lienzos.

El tercer grupo de aportaciones están agrupadas bajo el título *El paisaje en México* y comprende cinco trabajos que se abocan a analizar el paisaje en mexicano desde diferentes perspectivas disciplinarias. Son ejemplos de las enormes posibilidades que el análisis del paisaje tiene en el país azteca e incluso, un aviso del ingente trabajo que queda por hacer. El primer texto se titula

Un paisaje que no es bien visto. El pueblo huertero de Atotonilco El Alto, está firmado por José de Jesús Hernández López, doctor en antropología social e investigador en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social Occidente. Este trabajo apunta que la aceptación por parte de la UNESCO de los paisajes culturales como categoría patrimonializable tiene apenas un par de décadas y que uno de los objetivos de esta acción fue valorar saberes y prácticas culturales materializadas en la relación sociedad-naturaleza. Sin embargo, con ello se abrió la puerta a la transformación de paisajes para convertirlos en mercancía, en generadores de riqueza económica. Para Hernández López, la construcción de un paisaje como patrimonio cultural implicó el tránsito del reconocimiento del valor de uso y sentido social de las estrategias de adaptación al entorno, hacia la agregación de la estética en aras de retornarlo a un pasado imaginado, y la posibilidad de ganar valor económico y prestigio regional o nacional.

Tras conceptualizar el paisaje como un sistema de pequeños paisajes o unidades de paisaje, el autor elige el pueblo huertero de Atotonilco El Alto en Jalisco, para visibilizar la existencia de un exitoso modo de producción, opacado hasta ahora por una voraz mancha urbana y por la vistosa industria tequilera atotonilquense.

Continuando con un análisis donde el paisaje surge apegado a una realidad territorial que pone en evidencia un sistema productivo concreto y local, Luis Felipe Cabrales Barajas, profesor del departamento de Geografía y de ordenamiento territorial de la Universidad de Guadalajara nos presenta *El paisaje agavero. Un modelo claroscuro de gestión del patrimonio cultural*. En él, aborda un ejemplo de la nueva ruralidad mexicana: la multifuncionalidad de un territorio con gran personalidad geográfica, portador de una vieja vocación agraria, asociado con la producción de tequila. Se trata de la comarca formada por los municipios jaliscienses de El Arenal, Amatitán y Tequila, los cuales, según el autor, se ostentan como lugares embrionarios del tequila y en menor medida Teuchitlán y Magdalena. Cabrales liga el ordenamiento territorial al paisaje utilizando la declaratoria como *Paisaje agavero y las antiguas instalaciones industriales de Tequila*, que implica la valorización y gestión de ese territorio a través de un *Plan de Manejo*. El autor afirma que si bien el Estado encuentra obstáculos estructurales para hacer efectiva la práctica del ordenamiento territorial, el hecho de no acertar en planteamientos teórico-metodológicos vinculados con una categoría compleja y polisémica como lo es el paisaje, implica que la noción de paisaje está desdibujada y carece de instrumentación efectiva. Por lo tanto, las prácticas de aprovechamiento agrario y turístico-cultural uti-

lizadas en el Plan de Manejo son producto de abstracciones y de un lenguaje retórico que externalizan los conflictos territoriales.

El tercer texto de este apartado es un ejemplo de la diversidad de acercamientos a la noción de paisaje, aquí desde una simbiosis entre lo cultural y la arquitectura del paisaje. Así, Saúl Alcántara Onofre, profesor titular del Departamento de arquitectura y diseño de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco y Salvador Aceves García, arquitecto, investigador en el Instituto Nacional de Antropología e Historia en su texto *Recuperación y puesta en valor de paisajes culturales en México* presentan el proceso de recuperación arquitectónico de la histórica fortaleza de San Juan de Ulúa en Veracruz.

Para los autores, esta fortaleza forma parte de un paisaje profundamente grabado en el imaginario colectivo y un referente del sentimiento de pertenencia en que se sustenta la nacionalidad mexicana. Es también un ejemplo de la incongruencia entre un altísimo valor simbólico y estético, y un singular poder de evocación, con usos inadecuados, atropellos ambientales y enajenación del entorno.

Por su parte, Luis Llanos Hernández, investigador en la Universidad Autónoma Chapingo y Martha Elena Bañuelos, abogada, profesora titular del departamento de sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, en el trabajo *Incertidumbre y arraigo en la construcción social del territorio en la Colonia Bosque Belén de las Flores* exponen las transformaciones sucesivas del territorio en la colonia Belén de las Flores, la cual está situada al poniente de la ciudad de México en la Delegación Álvaro Obregón. Los autores sostienen que ese proceso puede estudiarse a partir del paisaje y de las percepciones de la incertidumbre y el arraigo. Llanos Hernández y Bañuelos ubican distintos momentos en la historia de este asentamiento y posicionan la construcción social de este territorio dentro de los innumerables senderos que posibilitaron la conformación de la ciudad de México.

El texto que sirve de colofón al libro se titula *Oportunidades y carencias para una cultura del paisaje en México. Una visión desde la geografía*. En él, su autor Martín Checa-Artasu, profesor titular de la licenciatura de Geografía humana de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, nos presenta, en primer lugar, un panorama general de los estudios sobre el paisaje en nuestro país, cuya característica principal es la escasez de los mismos. El autor señala tres causas de esta situación. La primera sería la poca participación del concepto del paisaje como un elemento más de la construcción nacional de México a partir de la segunda mitad del siglo XIX y hasta la Revolución.

Según Checa-Artasu, esa participación puede medirse a través del análisis de la pintura y la literatura de esos años y lo demuestra a través de referencias a los pintores y escritores mexicanos que han abordado el paisaje en su obra artística.

La segunda razón de la escasez de estudios sobre el paisaje, es para Checa-Artasu, la aniquilación y arrinconamiento sistemático de las concepciones que sobre el paisaje y el territorio tenían los pueblos indígenas mesoamericanos.

La tercera razón es la indefinición jurídica y la limitada consideración del concepto del paisaje, tanto en las normas apegadas a la protección al ambiente, del patrimonio como a las relacionadas con la gestión de los recursos naturales.

A lo largo del texto, el panorama de los estudios sobre el paisaje resulta poco alentador, sin embargo, en la parte final, Martín Checa-Artasu señala tres oportunidades para el desarrollo de una cultura paisajera en México. La primera de ellas es el desarrollo profesional y académico de la arquitectura del paisaje. La segunda es la inserción de lo comunitario en procesos de ordenamiento territorial, hecho que permite reintroducir conceptualizaciones etnoecológicas de las comunidades indígena, entre las cuales ésta la visión sobre el paisaje, y la tercera está representada por los recientes movimientos ciudadanos en defensa del derecho a un paisaje, lo cual remarca el autor que es sinónimo de identidad y pertenencia de un colectivo.

Finalmente, para acabar esta introducción, somos conscientes de que el tema del paisaje, por sí y en su relación con el territorio y con la sociedad, da para mucho más que una publicación como la que proponemos. No obstante, estamos convencidos de que las aportaciones que realizan los autores mencionados, hoy reunidas bajo el título *Paisaje y territorio. Articulaciones teóricas y empíricas* alentarán nuevos estudios, de carácter teórico y práctico que contribuirán, al menos ese es nuestro deseo, a pensar de manera diferente algo que siempre está a nuestro alcance como es el paisaje.

BIBLIOGRAFÍA

- BÄHR, Jürgen; DILLNER, Elisabeth. Oskar Schmieder (1891-1980), un geógrafo hispanista y americanista. *Revista de Geografía*. [En línea].1981, 15 (1-2), pp. 35-43. <www.raco.cat/index.php/RevistaGeografia/articles/viewFile/45939/56765>. [23 de febrero de 2013].
- BAKER, Alan R. H. *Geography and History: Bridging the Divide*. Cambridge (U.K.): Cambridge University Press, 2003.

- BERMEJO BARRERA, Juan Carlos. Una narración no es una ecuación: principios metafísicos de cosmología estándar. *Memoria y civilización (M&C)*, 9, 2006, p. 201-229.
- BERQUE, Augustin. *El pensamiento paisajero*. Madrid: Biblioteca Nueva. 2009 [Col. Paisaje y teoría, vol. 6]
- BESSE, Jean-Marc. L'espace du paysage. Considérations théoriques. En Toni Luna e Isabel Valverde. *Teoría y paisaje: reflexiones desde miradas interdisciplinarias*. Barcelona: Observatori del paisatge/ Universitat Pompeu Fabra, 2010, p. 7-24.
- BOLÓS, María del T., *Manual de ciencia del paisaje. Teoría, métodos y aplicaciones*. Barcelona: Masson, 1992.
- CAPEL, Horacio. *Filosofía y ciencia en la geografía contemporánea. Una introducción a la geografía*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 2012 (Edición original Barcelona: Barcanova, 1981).
- CARTA de Puebla sobre la protección de los paisajes patrimoniales. Primeras Jornadas de Paisajes Patrimoniales. Puebla (México) 14 de marzo de 2014. Documento final.
- CONSEJO DE EUROPA. *Convenio Europeo del Paisaje*. Florencia, 20 de octubre de 2000. [Consultado en línea, 31 de enero de 2013] <http://www.coe.int/t/dg4/cultureheritage/heritage/landscape/versionsconvention/spanish.pdf>
- COSGROVE, Denis. *Social Formation and Symbolic Landscape*. Londres: Croom Helm, 1984.
- CZEPCZYNSKI, Mariusz. *Cultural Landscape of Post-Socialist Cities: Representation of Powers and Needs*. Burlington: Ashgates Publishers, 2008, 209 pp.
- DUNCAN, James. *The City as a Text. The Politics of Landscape Interpretation in the Kandyan Kingdom*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.
- FROLOVA, Marina. Los orígenes de la ciencia del paisaje en la geografía rusa. *Scripta Nova. Revista electrónica de Geografía y Ciencias sociales*. [En línea]. Barcelona, Universidad de Barcelona, 2001, vol. 5, núm. 102. <<http://www.ub.edu/geocrit/sn-102.htm>>. [31 de enero de 2013].
- FROLOVA, Marina; BERTRAND, Georges. Geografía y paisaje. En Daniel Hiernaux; Alicia Lindón (Dirs.) *Tratado de geografía humana*. Rubí: Anthropos/ Universidad Autónoma Metropolitana, 2006, p. 254-269.
- HARVEY, Francis; WARDENGA, Ute. The Hettner-Hartshorne Connection: Reconsidering the Process of Reception and Transformation of a Geographic Concept. *Finisterra*. [En línea].XXXIII, núm. 65, 1998, pp. 131-140. <http://www.ceg.ul.pt/finisterra/numeros/1998-65/65_15.pdf>. [23 de marzo de 2013].
- ICOMOS (International Council on Monuments and Sites). *The Nara document on authenticity* (1994). Consultado en línea [14 de febrero, 2013]. <http://www.icomos.org/charters/nara-e.pdf>
- IFLA (International Federation of Landscape Architects). *Iniciativa Latinoamericana del Paisaje*. Medellín (Colombia) 19 de octubre de 2012. Consultado en línea [31 de enero de 2013], <<http://www.iflaonline.org/images/PDF/INTLANDSCAPECONVENTION/120830lali-signed.pdf>>

- ITKI (INTERNATIONAL TRADITIONAL KNOWLEDGE INSTITUTION). *Dichiarazione di Firenze sul Paessagio 2012*. Consultado en línea [8 de febrero de 2012]. <http://new.lifebeyonddtourism.org/img/eventi/dichiarazionedifirenzesulpaesaggio2012.pdf>.
- LARREA KILLINGER, Cristina. *La cultura de los olores. Una aproximación a la antropología de los sentidos*. Quito: Abya Yala, 1997.
- MATA OLMO, Rafael. Comunicación personal. *Coloquio Internacional sobre Paisaje y territorio: una visión desde la Geografía humana*. México DF, 23 de noviembre, 2011.
- MEINIG, Donald W. (Ed.) *The Interpretation of Ordinary Landscapes. Geographical Essays*. New York: Oxford University Press, 1979.
- MURRAY SCHAFER, Raymond. *The Tuning of the World*. Nueva York: Knopf, 1977.
- PODER EJECUTIVO FEDERAL, *Plan Nacional de Desarrollo 2007-2012*, Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos, Presidencia de la República, México, 2007.
- PRED, Allan. "Other Studies". James S. Duncan, *The City as Text: the Politics of Landscape Interpretation in the Kandyam Kingdom*. *Journal of Historical Geography*, 17, 1991, p. 115-117.
- SECTUR, Programa Sectorial de Turismo 2013-2018, *Diario Oficial de la Federación*, 13 de diciembre de 2013.
- SECTUR. *Programa Sectorial de Turismo 2007-2012*. México, D.F. Secretaría de Turismo, 2007. [En línea. Consultado en 12 de noviembre de 2012], < <http://www.sectur.gob.mx/PDF/PST2007-2012.pdf>>
- SHELLEY Egoz, Jala MAKHZOUMI, Gloria PUNGETTI (Eds.) *The Right to Landscape. Contesting Landscape and Human Rights*. Farnham: Ashgate, 2011, p. XXI-XXIII.
- SIMMS, Anngret. Reseña de "Walter Roubitschek y Günther Schönfelder (eds.), Otto Schlüter (1872-1959): sein Wirken für die Geographie und die Leopoldina, Halle (Salle)". *Journal of Historical Geography*, abril 2013, vol. 40, pp. 112-113.
- SMAP (Sociedad Mexicana de Arquitectos Paisajistas). *Carta Mexicana del Paisaje*. Noviembre de 2010. Consultado en línea 29 de enero, 2013 http://www.iflaonline.org/images/PDF/INTLANDSCAPECONVENTION/mexico_1.pdf

UN PAISAJE QUE NO ES BIEN VISTO. EL PUEBLO HUERTERO DE ATOTONILCO EL ALTO

JOSÉ DE JESÚS HERNÁNDEZ LÓPEZ¹

I. INTRODUCCIÓN

Hace apenas un par de décadas que la UNESCO aceptó la consideración de los paisajes culturales como categoría patrimonializable. La intención de valorar saberes y prácticas culturales materializadas en la relación sociedad-naturaleza fue uno de los objetivos, sin embargo, con ello se abrió la puerta a la transformación de paisajes para convertirlos en especies de mercancías, en generadores de riqueza económica.

La construcción de un paisaje como patrimonio cultural implicó el tránsito del reconocimiento del valor de uso y sentido social de las estrategias de adaptación al entorno hacia la agregación de estética en aras de retornarlo a un pasado imaginado, pero a través del cual era posible ganar valor económico y prestigio regional o nacional.

Estos marcos para mirar los paisajes se resignifican y ajustan en las regiones, pero indudablemente son construcciones globales. Un problema identificado estriba en el hecho de que al orientar la mirada de los espectadores, de los habitantes y de los gobernantes en una dirección, muchos otros paisajes dejan de ser vistos, y en algunos casos como el que se muestra aquí, desprotegidos de políticas patrimoniales municipales o estatales.

Los paisajes agrícolas son concentrados históricos de información social dignos de admiración y de estudio. Pero también hay paisajes vivos, los cuales se construyen en la cotidianidad, en ocasiones a contracorriente de la especulación inmobiliaria, de la expansión industrial o de la modernización rural.

El argumento de este artículo es que mientras hay paisajes valorados por su vistosidad, existen otros a los cuales debería enfocarse la mirada científica y gubernamental para reconocer entre otros valores, cómo es que

¹ Investigador en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social Sede Occidente.

contribuyen a resolver el problema del sustento alimenticio así como su importancia en la formación de tejido social.

II. ENTRADAS AL ESTUDIO DE LOS PAISAJES

Múltiples son las miradas y concepciones documentadas en los últimos tres siglos con respecto a los paisajes. De entre todas ellas destaco cinco: El paisaje como creación artística, como objeto, como una herramienta analítica, como patrimonio y como mercancía.

Hoy las políticas patrimonializadoras operan más como una estrategia de mercado y menos como una institución destinada a salvaguardar y conservar bienes destacables. Por ello la clasificación puede reducirse a cuatro y considerar una misma cosa la concepción del paisaje como patrimonio y como mercancía.

El paisaje como una creación de pintores y literatos surgió en Europa en los siglos XVI y XVII. Se trató de representaciones de la naturaleza describiendo ciertas formas consideradas bellas. Por ejemplo, los volcanes clasificados como no agradables a la vista en algún momento de la historia, gradualmente lograron un lugar en los paisajes.

Con Humboldt el paisaje pasó a ser definido como un objeto dejando de ser un asunto de apreciación estética o un saber pictórico. Más bien, el paisaje fue un concepto científico útil para la descripción del mundo (Minca, 2008: 215-221). La geografía francesa hizo algo similar al vincular los conceptos de paisaje y región al enfrentar problemas relacionados con cómo organizar administrativa y políticamente el territorio (Viqueira, 2001: 17-30). Laplace, Le Play, Vidal de la Blache entre otros, ordenaron el territorio bajo criterios naturales, por ejemplo, a partir de cuencas hidrológicas.

Ya en la segunda mitad del siglo XX surgió con fuerza la idea de pensar los paisajes como herramientas analíticas. Por una parte pueden mencionarse a quienes utilizan el concepto para acercarse a las relaciones materiales entre la cultura y la naturaleza; pero también están quienes definen los paisajes como textos que pueden ser leídos previa descodificación.

Hoy hay un menor interés científico por el estudio de los paisajes; sin embargo, las políticas encaminadas a gestionar, conservar paisajes y ordenar el territorio con relación a los paisajes no tienen precedentes (Jellicoe,

2004; Zoido, 2006; Martignoni, 2008). Hay mayor pragmatismo que teoría. El paisaje es una nueva mercancía.

No obstante, en ciertos escenarios, los análisis y los discursos políticos demuestran una preocupación genuina por proteger ciertos paisajes como elementos importantes en la calidad de vida de las personas, y por eso se les concibe como patrimonio natural y cultural de las poblaciones. Una estrategia política para garantizar su conservación en el tiempo consiste en declararlos bienes patrimoniales. (Zoido, 2006: 95-99).

III. LA METODOLOGÍA DE LA LECTURA DEL PAISAJE CULTURAL

Estimar el paisaje solo desde la perspectiva visual y estética supone desconocer el sustrato social que se encuentra objetivado en lo que aparece a la mirada. La metodología de la lectura del paisaje cultural de Boehm (2001 y 2006) analiza los paisajes como artificios creados en procesos históricos sociales pero integrando también la reflexión de la dimensión simbólica.

El paisaje puede ser concebido como un gran paisaje compuesto de pequeños paisajes, como un artificio compuesto de artificios. Es “el artefacto más grande construido por un grupo humano en una región” (Weigand, 2007) con sus componentes bióticos, abióticos, artificiales y simbólicos. Es una entre otras expresiones materiales de las acciones humanas sobre los entornos que les circundan. Al ser contingente, el análisis no puede ser inocuo, y se precisa entender que la construcción de esos artefactos también exhibe huellas de las asimetrías sociales y de las relaciones de poder.

La metodología utilizada combina conceptos y técnicas tanto de las ciencias sociales como de las ciencias duras, de las ciencias de la información y de las humanidades. La cartografía, fotografía de superficie y aérea, ortofotomapas e imágenes satelitales, se integran con los recorridos arqueológicos, la revisión de documentos históricos y las entrevistas a interlocutores clave con el objetivo de tener el mayor número posible de aristas

para el análisis de la relación “de los hombres con los hombres” a partir de sus creaciones².

En la metodología de la lectura del paisaje cultural, la identificación de los artificios visibles constituye la primera dimensión analítica:

las manifestaciones y las huellas visuales del artificio humano conforman escrituras impresas en el espacio geográfico, a cuya lectura se exponen cotidianamente los habitantes de una región. El desciframiento de los signos escritos por los diversos grupos subculturales en distintos tiempos y con diferentes caligrafías conduce a la internalización de los significados de los lenguajes que, entonces, revelan las diferencias socio-culturales y las expresiones geográficas de inclusión y exclusión (Boehm, 2001: 59).

La segunda dimensión analítica consiste en el análisis de la organización social y la cultura subyacente a los artificios. Interesa conocer las relaciones sociales y las relaciones de producción, las formas culturales de aprovechamiento de los recursos, los procesos de acumulación de capital y de centralización del poder. Las preguntas fundamentales para trascender de lo evidente a lo invisible y oculto en los paisajes son: ¿quiénes son los autores de los artificios dominantes en el paisaje? ¿Quiénes los controlan, cómo, por qué? (Boehm y Sandoval, 1999; Jackson, 1984: xi-xii, 3, 14-15).

Una tercera dimensión de análisis implica la consideración de los contenidos simbólicos presentes en las obras materiales, así como las influencias ideológicas que permiten explicar determinados diseños arquitectónicos y las concepciones de la belleza, el orden y el pensamiento racional, que se complementan con la dimensión de la percepción, “del impacto visual que ejerce sobre los habitantes del espacio transformado” (Boehm, 2006: 183). ¿Qué simboliza ese artificio para sus constructores? ¿Qué significados desean transmitir y que percepciones quieren provocar?

El uso de esta metodología servirá para identificar las distintas caligrafías que se empalman en un paisaje que se presenta como uniforme (Uzeta, 2001: 81-82); atendiendo al hecho que algunas de esas caligrafías siempre están más cargadas de contenido ideológico que otras. Una vez realizada esa ubicación se procede a examinar a los agentes que intervinieron,

² El paisaje está inserto en un continuo proceso donde se conjugan una diversidad de artificios, como si pudieran identificarse múltiples escritores a través de sus escrituras, hechas en distintos tiempos y, en ocasiones, de manera simultánea y contradictoria, pero siempre unas de esas caligrafías se vuelven más visibles.

sus intenciones, las formas de organización y la producción de símbolos (Boehm, 2001: 61).

IV. ELEMENTOS PARA LEER EL PAISAJE URBANO DE ATOTONILCO EL ALTO

Atotonilco el Alto, Jalisco, es una localidad recordada en la historia jalisciense por su producción frutícola desde la época porfiriana y más o menos hasta los años 1970, cuando las plagas que atacaron a los árboles frutales y la diversificación de actividades económicas de sus pobladores volvieron incosteable el cultivo de frutales.

Hoy, Atotonilco es una pujante localidad agrícola, ganadera, comercial pero sobre todo industrial. La producción de tequila tiene un prestigio considerable. Su paisaje no difiere de aquel otro de muchas otras localidades con características más o menos similares. Una particularidad podría ser la ubicación del poblado, encañonado por la parte Norte y Este, siendo el inicio de un largo valle. Si se quiere ver así, la localidad se ubica cuatrocientos metros debajo de la meseta alteña.

Para analizar la extensión territorial que conforma el paisaje urbano en cuestión, conviene subdividir el espacio en unidades con características más o menos homogéneas y distinguibles frente a otras.

Las unidades de paisajes en términos convencionales se definen a partir de criterios geográficos, ecológicos, botánicos, atmosféricos, geológicos e hidrológicos, esto es, hay un énfasis en los componentes físicos, bióticos y abióticos; sin embargo, también pueden construirse unidades a partir de criterios culturales, con base en cronología histórica y usos sociales del territorio o a partir de significaciones simbólicas. Así entonces, convendría adjetivar las unidades de los paisajes culturales para diferenciarlas de las unidades de los paisajes naturales. En estas últimas uno de los argumentos para el establecimiento de las unidades se encuentra en la búsqueda de sensibilización, conservación y sustentabilidad de áreas o sitios amenazados por diferentes factores pero también por la inexistencia de una identificación clara que contribuya a visibilizar la importancia de conservar esa unidad.

En el mismo tenor, sugiero adjetivar las unidades de los otros paisajes como culturales, con la finalidad de visibilizar y valorar el patrimonio cultural radicado en esos espacios definidos y que distinguen a una región de otra por los saberes tradicionales y prácticas culturales ahí materializados.

Clave en ambos casos es que las unidades tengan cierta coherencia interna, un funcionamiento operativo como conjuntos, además deben ser diferenciables entre sí. El siguiente paso consiste en la posibilidad de indicar la relación existente entre esas diferentes unidades de paisaje.

La conjunción de unidades conforma un sistema, que puede funcionar con relaciones asimétricas, con uno o varios centros visibles, con sus respectivas semiperiferia y periferia (Hernández, 2012). Lo anterior ayuda a entender porqué detrás de la aparente homogeneidad de un paisaje divisible en unidades, en realidad encontramos relaciones de dependencia, de subordinación, de exclusión, conceptos que remiten a la posibilidad de analizar relaciones de poder a partir de la lectura de un paisaje cultural (Boehm, 2006).

El paisaje cultural es, como dije antes, un sistema de múltiples paisajes interconectados, cada uno con características internas, entre las cuales destaca la heterogeneidad.

La referida metodología de la lectura del paisaje cultural, toma como eje metodológico la identificación de los artificios atractivos a la mirada, sobresalientes y notorios e incluso intimidatorios por sus dimensiones, colorido, contraste o irrupción. A partir de ahí se transita hacia los procesos de construcción de esos paisajes, ¿quiénes fueron, han sido o son los artifices? ¿A través de qué esquemas organizativos socialmente lograron edificar los artificios característicos de un paisaje? Cuestionamientos de este tipo son fundamentales para transitar del impacto visual al análisis de los procesos de construcción de un paisaje cultural. A su vez ello será importante para reflexionar por las formas en las cuales se manejan los paisajes (*Ibid.*) y cómo se construyen en símbolos con ciertos significados y no con otros.

Con la metodología se pueden caracterizar las formas de relación entre unidades, según se trate de constantes, de sus contrastes y de sus rupturas. Hay constantes cuando se trata de una misma lógica organizativa, perceptible o visual entre las unidades, hay contrastes cuando entre unidades se establecen nexos de subordinación, dependencia, o de simple diferenciación, por último, las rupturas son definidas por altos contrastes entre las

unidades que refieren a procesos de exclusión, desaparición, eliminación o competencia por recursos.

A través de la lectura del paisaje cultural de la mancha urbana de Atotonilco el Alto identificamos las unidades de paisaje a partir de los usos sociales de tierras y aguas, con énfasis en las actividades socioeconómicas: *a)* usos públicos, referido al uso del territorio con casas habitación, *b)* usos industriales, *c)* usos comerciales/de servicios y *d)* usos hortícolas.

Como se indicó antes, las unidades tienen coherencia interna, mas no son homogéneas, máxime cuando se trata del análisis de paisajes donde las transformaciones se deben al factor antrópico. Las unidades pueden subdividirse según diferentes criterios. Por ejemplo, históricos, constructivos, arquitectónicos, pero también geográficos, hidrológicos; más relevantes para el caso de los pueblos huerteros como unidad de un paisaje podrían ser las ubicaciones espaciales de las huertas, su carácter o relación con la zona urbana: se trata de huertas urbanas, semiurbanas, rurales; otro criterio puede ser el de la superficie cultivada o si se trata de huertas de monocultivo³ o de policultivo⁴.

V. EL PAISAJE DE ATOTONILCO, PUEBLO HUERTERO

La subdivisión de las unidades antes mencionada es fundamental para comprender los procesos históricos de formación de los paisajes. En Atotonilco hay huertas urbanas, semiurbanas y rurales. Más de 200 familias dependen de la prosperidad que se obtenga en las más de 600 hectáreas destinadas al cultivo de frutas. Hay huertas de riego y otras que son solo de temporal. El arroyo Taretan es aprovechado para las actividades de irrigación, de abasto urbano y también para dotación de agua a las industrias tequileras y harineras, todo ello por gravedad debido a la altura a la cual se encuentran los manantiales⁵.

³ Limón persa, aguacate o lima.

⁴ Milpa, guayaba, ciruela, mango, café, guamúchil, plátano, limón criollo y persa, granada, mandarina, naranja, arrayán, melón papayo, aguacate, higuera, calabaza, alfalfa, berro, chile, flores de ornato, ruda, cempasúchil y chicalote utilizados como plaguicidas orgánicos, chayotes, etcétera.

⁵ Los manantiales afloran 90 m por encima del centro de la localidad aproximadamente a 1690 msnm.

Las huertas ubicadas en el valle, cuentan con una ligera pendiente, ubicándose a una altura que va de los 1600 a los 1660 msnm; otras se localizan en las laderas de la meseta que rodea la localidad desde el Oriente hasta el Poniente por el costado Norte, dichas huertas van desde los 1661 hasta los 1960⁶ msnm y la calidad de los suelos es inferior a las otras en términos agronómicos. Las huertas de ladera son obras monumentales por tratarse de creaciones humanas, obras con demasiado trabajo incorporado y que tienen la forma de terrazas o andenes, localmente denominados galápagos por los retenes de piedra levantados verticalmente y rellenos de cascajo con mezcla de materia y basura orgánica, piedras, suelos erosionados provenientes de la meseta alteña. Las huertas del valle están en suelos de aluvión arrastrado por el río de los Sabinos que cruza la mancha urbana de Oriente a Poniente. La calidad de esos suelos ricos en materia orgánica contrasta con los suelos de los galápagos. Según su ubicación cada tipo de huerta requiere diferente cantidad de agua, por las características morfológicas del terreno, la calidad agronómica y el tipo de cultivos. La superficie de los predios hortícolas también es un asunto de consideración. Hay huertas de unos cuantos metros mientras otras miden más de diez hectáreas.

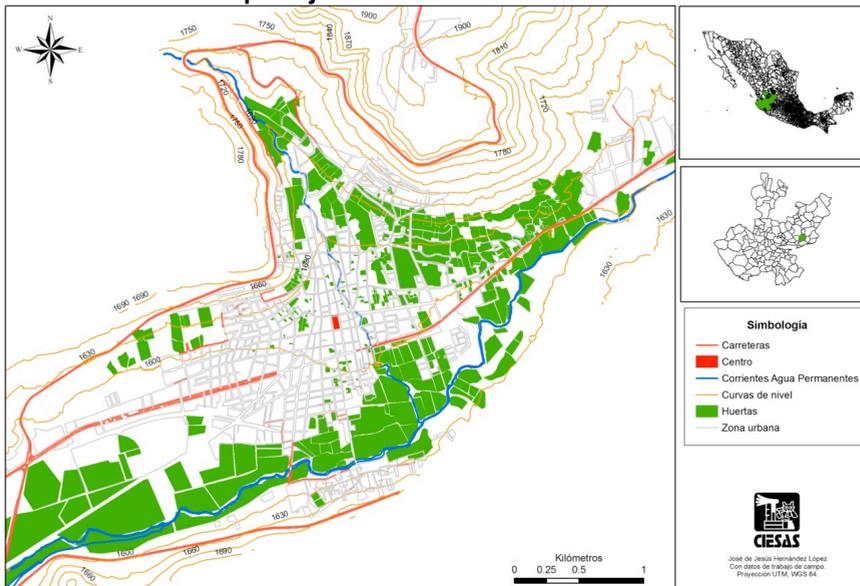
La observación de esta unidad del paisaje refleja un patrón interesante: Los pequeños espacios tienden a ser de policultivo mientras las grandes extensiones son claramente huertas de monocultivo. La diversidad de las pequeñas huertas se compone de flores y plantas de ornato, frutos, cereales o granos, leguminosas, plantas aromáticas, plantas medicinales y utilizables en la cocina, vegetales y hortalizas, así como insumos proteínicos de origen animal: (huevos, leche, carne de pollo, res, cerdo, guajolote o conejo). Es decir, son espacios que se cultivan para resolver el abasto alimentario o complementar el gasto doméstico a través de una estrategia de producción de alimentos como una contribución económica. Los excedentes son almacenados, circulados en trueque entre los huerteros, o bien ofrecidos en el mercado local. Además, estas huertas forman parte del espacio doméstico, es una combinación de casa habitación y huerta. Se les encuentra en la zona urbana, pero también hay semiurbanas⁷. Estas características

⁶ Predominan entre los 1661 y los 1760 msnm altura más alta a la cual se puede conducir por gravedad el agua de los manantiales de Taretan.

⁷ En la Roma antigua, había tres clases de huertos: urbanos, semiurbanos y rurales. (Rodríguez, 2008).

están ausentes en las huertas de monocultivo, enteramente articuladas con los mercados extralocales a través de intermediarios, y donde la estrategia para obtener rendimientos económicos presiona para aumentar la superficie, por ello se encuentran entre las franjas semiurbanas con tendencia a expandirse hacia las zonas rurales.

Mapa 1
Huertas urbanas y semiurbanas en el paisaje urbano de Atotonilco



El impacto visual de la imagen tiende a mostrar las grandes superficies huerteras. Más adelante diferenciaremos entre huertas urbanas como un modo de producción diferente al de esas grandes huertas semiurbanas de monocultivo.

En ambos casos se trata de explotaciones realizadas por grupos familiares, pero con dos lógicas contrastantes y complementarias, las cuales provocan la percepción de un paisaje uniforme, apreciado por su colorido y por provocarle al observador una percepción de contacto con la naturaleza.

Dado que para la construcción de unidades de paisaje se consideró como criterio la identificación de los usos sociales de tierras y aguas, con énfasis en las actividades socioeconómicas, conviene continuar con ese criterio para realizar la subdivisión de dichas unidades.

Para entender los contrastes entre ambos espacios y las relaciones posibles, se echa mano de evidencias históricas y de recorridos de campo para contar con indicios que sirvan como elementos para explicar la relación entre sociedad y entorno, misma que es visible en paisajes y con sus modificaciones debidas al paso del tiempo histórico.

Imagen 1



Vista frontal (Sur-Norte) del paisaje del pueblo huertero de Atotonilco el Alto, Jalisco.

Los documentos más antiguos identificados refieren asignaciones, transferencias de propiedad vía sucesión testamentaria o compra venta de pequeños lotes definidos como “casas con solar y huerta”⁸. Ningún documento revisado entre los siglos XVII y XVIII sugiere grandes espacios destinados a la actividad hortícola.

⁸ Archivo Histórico del Arzobispado de Guadalajara, curato de Atotonilco, varios años. Diversas carpetas.

La observación en campo y de archivo, la reconstrucción de cartografía histórica y el análisis de la información recolectada prueban que las acequias más antiguas y la mayor densidad de éstas es coincidente con la zona central de la localidad, donde hay evidencias arqueológicas y contemporáneas de la utilización del agua con fines de potabilización, de saneamiento, pero también de irrigación de pequeños espacios cultivados así como para los estanques abrevaderos de ganado.

A partir del análisis de la información recolectada se elaboró una clasificación de los espacios hortícolas tomando como medida el solar⁹ y la vara castellana, ambos sistemas todavía usados por la gente. Ahora, dado que los documentos históricos refieren casas con huerta y solar, se decidió clasificar el espacio hortícola a partir de la siguiente tabla:

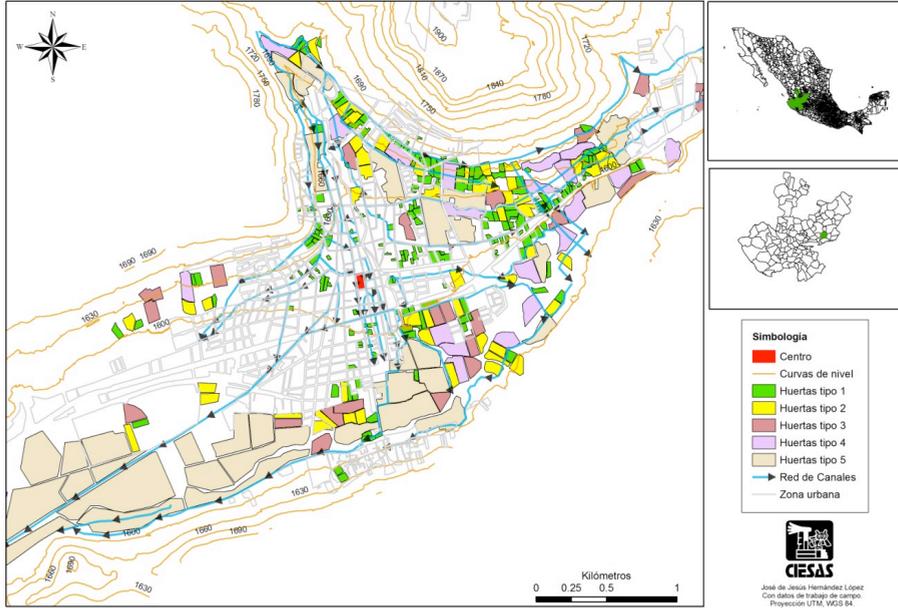
1. Predios cuyo tamaño es inferior a un solar y alcanza hasta 2.5 solares¹⁰.
2. Predios de más de 2.5 y hasta 5 solares¹¹.
3. Predios de más de 5 y hasta 7.5 solares.
4. Predios de más de 7.5 y hasta 10 solares.
5. Predios de más de 10 solares.

⁹ Un solar: equivale a 2500 varas cuadradas. 1 vara: .835 905 metros.

¹⁰ Aproximadamente media hectárea.

¹¹ Poco más de una hectárea.

Mapa 2
Clasificación de espacios hortícolas



Nótese cómo todavía hoy subsisten pequeños huertos urbanos en el centro de la localidad, indicados con el color verde. Las grandes extensiones de colores violeta y café claro se han desarrollado en dirección Oriente Poniente en la parte baja del mapa, correspondiente a las riberas del río de los Sabinos.

Dos aspectos más se consideraron en las observaciones: los elementos de ese sistema y las prácticas culturales que pudieran sugerir un aprovechamiento efectivo de los cultivos por el grupo familiar.

Los elementos del sistema son los siguientes: las huertas con adaptaciones y tecnologías importantes como son los galápagos y los cajetes, las obras hidráulicas consistentes en acequias,¹² estanques y pequeñas represas así como terreros, y la casa habitación o en su caso bodega y tejabán.

¹² Para fines de esta exposición no se distingue entre canal revestido de cemento con baño de “leche” de cal, acequia construida de piedra acomodada, o zanja que refiere a la excavación en tierra con la finalidad de conducir agua. Las tres, más la tubería de cemento o policloruro de vinilo (PVC) están presentes en Atotonilco.

La función de las bodegas, tejabanos o pequeños cuartos edificadas de material localmente conocidos como “toritos” era la de resguardo en temporada de lluvias de las personas, sus aperos e instrumentos de labranza y también para almacenar la fruta, seleccionarla y empacarla.

Las acequias o canales se dividen en principales, secundarias y regaderas. Las principales son cuatro ramales que conducen las aguas, dos por cada ribera, del arroyo de Taretan hacia obras secundarias, de menores dimensiones que distribuyen las aguas por los costados de la mancha urbana así como hacia el interno de la localidad. Ambas son obras federales. Durante el recorrido por los predios, las acequias van conectándose con las regaderas, pequeñas acequias que derivan el agua a cada cajete. Estas obras son construidas y reparadas por el huertero, son de su propiedad y a él conviene mantenerlas en buenas condiciones.

A los costados del arroyo Taretan se construyeron los dos canales principales para el riego de sus laderas una vez terraceadas. Para captar el agua y poder derivarla por los canales, se han construido varias represas que cumplen varias funciones: Almacenan agua y disminuyen la velocidad con la cual podría ingresar el agua a los pequeños canales y de ahí a los cajetes, derivan el agua a otras represas para después reincorporarse a los canales, retienen parte del azolve, troncos y otros elementos presentes en el cauce del río y que podrían provocar problemas en los canales por su tamaño¹³.

Las represas de almacenamiento sirven también como espacios de divertimento para los pobladores locales quienes las aprovechan para darse un chapuzón, celebrar reuniones familiares y comidas en días festivos en espacios apropiados para las actividades lúdicas acondicionados por los ayuntamientos municipales en turno.

Las acequias cumplen varias funciones: Riego, complemento en tarea de fertilizar debido al transporte de sustancias y sólidos microscópicos y de tamaño medio que una vez en la huerta enriquecen los suelos. En algunos casos también se usan como obras de saneamiento, principalmente por algunos porcicultores ubicados aguas arriba de algunas acequias. Otras funciones importantes son la de control de inundaciones, ya que captan

¹³ Esa materia es parte de la vida de los ríos y de los materiales que seguirán arrastrándose hacia el océano contribuyendo al cierre de otro ciclo hidrológico y ecológico ya que mucha de esa materia descompuesta servirá de alimento a especies marinas.

una considerable cantidad del agua de lluvia y evitan el descenso vertical desde la meseta hacia la población ubicada casi 200 m debajo de las acequias construidas a mayor altura, por último también recuperan los suelos erosionados.

Otras obras hidráulicas son los estanques y pequeñas represas. Algunas operan como presas de contención de azolve y materia orgánica que desciende de la meseta alteña; otras son presas de almacenamiento, unas más son derivadoras.

Dentro de las huertas había también algunos estanques. Ello se explica porque al ser las huertas espacios biodiversos, las demandas de agua son diferentes. Mayor diversidad implica necesidad de contar con un volumen de agua de reserva. Ante la mayor presión por dotación de agua y al distanciarse más los días de riego, una alternativa fue la construcción de esos pequeños estanques. Las huertas que están dentro de la mancha urbana cuentan además con una toma de agua de la red urbana, misma que complementa el gasto requerido. Otra tecnología que forma parte de las obras hidráulicas son los terreros, estos funcionan como receptores de suelos erosionados y materia orgánica que viaja por las acequias. Estos depósitos con forma similar a los pequeños estanques, son construcciones hechas sobre las acequias secundarias o las regaderas, y los aprovechamientos corresponden a cada huertero para rellenar y enriquecer los suelos de los galápagos con los sedimentos recuperados, o para desahogar las acequias evitando azolve y taponamientos. Los terrenos identificados son de dos tipos: El primero de ellos es una simple fosa de 4 m² construida a un lado de una acequia o zanja, ubicada la curvatura de aquéllas, generalmente de 90 grados, de tal forma que los sólidos caigan o queden atrapados y el agua se desparrame al llenarse la fosa. El otro tipo de terrero es una especie de estanque de medidas similares que se ubica en la trayectoria del canal o zanja. En realidad consiste en una ampliación de aquélla que sirve para atrapar los sólidos debido a que al ser más ancha la velocidad del agua disminuye permitiendo que tierra y demás materia que vaya por el cauce se asiente al llegar a la ampliación y la corriente de aguas pierda fuerza.

Un elemento más del sistema son los cajetes o alcorques, en náhuatl *tlal-tecomoltzintin*, son las pequeñas represas construidas alrededor del tronco de un árbol con diferentes finalidades, a saber, inundar la superficie que circunda al árbol evitando el escurrimiento constante, la lenta infiltración

y humidificación del terreno, así como la descomposición de la materia orgánica de la superficie y de las excretas de origen animal utilizadas como fertilizantes.

En lugares como Tlaxcala los cajetes son verdaderas oquedades o tanques hacia donde se dirigen las escorrentías excedentes de los canales de riego. El agua se recolecta en los mencionados tanques y es capaz de percolar¹⁴ lentamente dentro del suelo después que la lluvia ha terminado, sin que ésta se pierda. De igual relevancia es que el suelo erosionado por la escorrentía se asiente en el fondo de los cajetes y los agricultores puedan después recuperarlo y esparcirlo en los campos.

En Atotonilco los cajetes son una especie de pequeños entarquinamientos o reservorios de agua, de bordos construidos alrededor de cada árbol en los cuales se realizan varias de las funciones descritas antes con los tanques de Tlaxcala: Capturar escurrimientos, permitir infiltración; acumular agua, microorganismos, plantas, insectos, materia orgánica. Es decir, los cajetes son un sistema para captar agua de lluvia o contener agua de riego y sedimentos arrastrados por cualquiera de las aguas antes señaladas, provocar la descomposición de materia orgánica, para humidificar (aumentar la humedad relativa así como la humedad por infiltración). Los cajetes humedecen, enriquecen suelos y forman parte del proceso de fertilización.

No basta con la construcción de terrazas para conservar la humedad y evitar la conservación de suelos, se requiere de cajetes. El bordo de tierra que se levanta dependerá de la dimensión del cajete, pero su altura no es mayor a los 12 cm. El cajete es fundamental en el riego de las terrazas. Por eso irrigar haciendo uso de cajetes se considera el riego tradicional en Atotonilco.

Al encajonar el agua el líquido se infiltra lentamente, hasta una profundidad aproximada de cincuenta centímetros, localmente se le denomina “riego por humedad”. Los huerteros calculan un gasto o requerimiento de agua mayor en un 30% al otro tipo de riego denominado “por esparcimiento” o “de agua tendida” que se refiere al riego realizado donde no hay cajetes, o éstos no cuentan con el mantenimiento necesario y por tanto la inun-

¹⁴ Se refiere al paso lento de fluidos a través de los materiales porosos, ejemplos de esto son la filtración y la lixiviación.

dación de los árboles es aparente, esto es, capilar o superficial y el tiempo requerido para riego es menor, de ahí que sea menor el gasto de agua.

El riego de agua tendida presiona la organización social ya que obliga al huertero a solicitar nuevas “paladas” o tandas para riego, comprometiendo a los distribuidores o corredores de agua a modificar horarios, volúmenes, tandas a repartir.

Las paladas refieren a la medida de las compuertas que conectan los canales secundarios o derivadores con las regaderas en las huertas. Las compuertas tienen la dimensión de una pala. En una huerta pueden existir una y hasta cuatro compuertas, requiriéndose entonces varias paladas para irrigar.

En resumen, los cajetes también cumplen varias funciones: almacenan agua, complementan la fertilización del suelo, acumulan agua de lluvia y previenen erosión de suelos.

El último componente fundamental del sistema son los callejones, verdaderas vías de comunicación, calzadas de tierra que casi siempre iban acompañando las obras hidráulicas, a la par de permitir la movilidad de los regantes así como la del resto de pobladores. Las calzadas facilitaban el tránsito de trabajadores y arrieros. Los dueños de las huertas fueron quienes las construyeron; al mismo tiempo les servían para delimitar sus terrenos. Esos callejones estaban cercados de alambre o piedra, situación semejante a la de las antiguas huertas romanas que también debieron circundarse para evitar los pequeños hurtos y el ingreso de animales.

VI. LOS PEQUEÑOS HUERTOS Y SUS EFECTOS

Documentos históricos resguardados en el Archivo Histórico del Arzobispado de Guadalajara y en el Archivo Histórico del Agua en la ciudad de México han servido para entender cómo durante el siglo XIX comenzó la fragmentación de los predios agrícolas, situación que se refleja en las dimensiones de las huertas, en el aumento del número de huerteros y en la prolongación de las obras hidráulicas. Ello explica por qué las industrias (linera y tequilera) hicieron su arribo a Atotonilco hasta después de la Revolución Mexicana y más bien la localidad ganaba prestigio como productora de variedades de naranjas, guayabas y limas. Para quien buscaba progresar

económicamente la alternativa era a través del crecimiento de la superficie cultivable de las huertas.

Los datos históricos complementados con el trabajo etnográfico también muestran cómo al menos desde hace cien años hay casos en los cuales quienes tienen una pequeña huerta urbana, también cultivan una huerta semiurbana donde predomina un tipo de fruto. Se infiere entonces que mientras las grandes huertas semiurbanas se cultivan con finalidades comerciales, las pequeñas huertas urbanas tenían otras propiedades, destacando entre sus funciones las siguientes: contribuir a la alimentación familiar y al abaratamiento de ciertos productos hortícolas, ofrecer variedad de alimentos durante todo el año con un alto valor vitamínico, ser una alternativa eficaz para la cura de algunas enfermedades; el uso medicinal de algunas plantas propició saberes tradicionales que entre otras cosas retardaron la presencia de médicos en la localidad y redujeron los gastos familiares en medicinas. Aunque se destacan poco en este documento, pero también la obtención de proteínas de origen animal son un factor de importancia de esos espacios de cultivo. Se añade a ello las funciones ornamentales, recreativas y de divertimento, estas últimas favorecidas por los árboles de mayores dimensiones; ligado a ello debe mencionarse que sin pretenderlo el policultivo presente en las pequeñas huertas repercutía de al contribuir al control de plagas.

Por lo expuesto cabe argumentar que mientras las huertas comerciales constituyen una forma de integración entre la ciudad y el campo, los pequeños espacios hortícolas tienen una lógica que debe conceptualizarse de manera diferente: no son espacios agrícolas presentes en la ciudad ni patrimonio arqueológico o histórico sobreviviente en manchas urbanas, tampoco son patios o jardines urbanos; más bien las pequeñas huertas son espacios anexos a las casas, son uno de los componentes de las edificaciones citadinas, y deben ser definidos como horticultura y no como agricultura urbana, se trata de un modo de producción particular con su respectivo sistema agrario, como ha sugerido Rodríguez para el caso de la Roma Antigua (Rodríguez, 2008).

Imagen 2



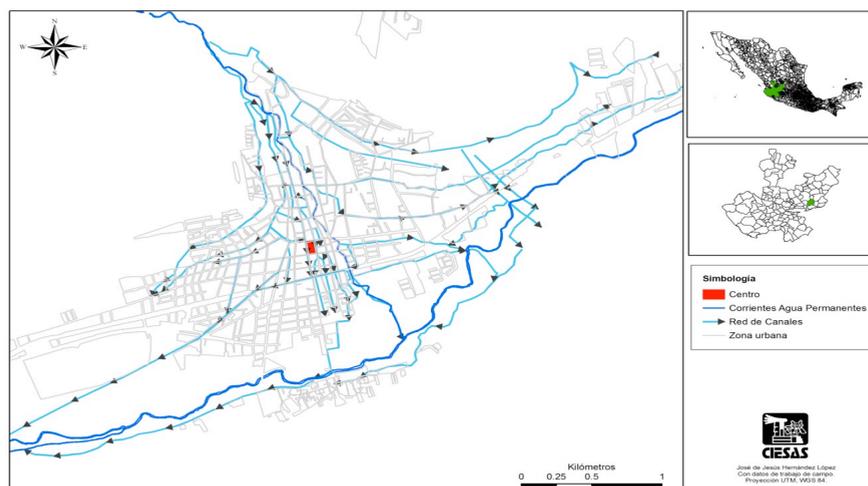
Corte de una huerta de policultivo (Calabaza, maíz, frijol, mango, limón, lima, en la imagen). Nótese al fondo a la derecha la casa habitación.

La citada autora encuentra que en Roma existía legislación especial para esos espacios tan vinculados a la casa que también se consideraron parte de un patrón arquitectónico y una cuestión de urbanidad y de civilidad: Una huerta urbana en aceptables condiciones hablaba bien de sus cultivadores, una huerta insalubre y descuidada, sugería cierto grado de preocupación social. Además de lo anterior, la paz social romana implicaba seguridad de aprovisionamiento proporcionada en parte por esas huertas (*Ibíd.*). Es decir, el mantenimiento de las huertas y de su resultante paisaje no eran decisiones individuales sino parte de una política estatal.

Mantener esos espacios también implicaba una estrategia diferente a la de las huertas semiurbanas. En las huertas urbanas la participación del padre y de la madre pero también de los hijos es fundamental. Por extensión, la salud de las huertas dependía de acceso periódico al agua que solo se conseguía si la organización social para el riego, las relaciones cara a cara entre vecinos que compartían la misma estrategia adaptativa, eran conscientes de la importancia del establecimiento de adecuadas relaciones. Como sustento de ello, se ofrecen datos etnográficos recabados en varias

reuniones con huerteros en las cuales una de las discusiones fue “¿de qué sirve que yo aplique foliares orgánicos en mi huerta si los que están a mi alrededor no los usan, o en su defecto usan venenos químicos?”¹⁵.

Mapa 3
Red de canales



Nótese la arborescencia de los canales (una especie de árbol que crece de arriba hacia abajo) que remite a una compleja organización social, véase también la concentración de una parte de los ramales en el centro para volverse a ramificar desde ahí. Hay semejanza con el análisis de Guinot para la huerta de Valencia (Guinot, 2010).

De acuerdo con Guinot y con Glick (Guinot, 2010) la arborescencia de las obras hidráulicas, es decir las ramificaciones de acequias de distinta envergadura, tiene como complemento la complejidad de un sistema social que históricamente ha funcionado por el autoritarismo de unos cuantos, o por los acuerdos entre los particulares, los cuales toman conciencia de quienes les anteceden y preceden en el riego y de cómo las tareas que haga o deje de hacer cada una de las partes benefician o perjudican a todos los componentes del sistema. Así entonces, el sostenimiento de la horticultura y de sus elementos necesita de un complemento social, la arborescencia de las acequias identificada en el paisaje remite a la importancia de las relaciones sociales para el sostenimiento del sistema.

¹⁵ Comentario de Jorge Olivares, huertero de Atotonilco. Notas de campo, julio de 2011.

Como complemento a los materiales recopilados en archivo y en recorridos de campo, y siguiendo el principio de interdisciplinariedad de la metodología de la lectura del paisaje arriba señalada, durante 2010 y 2011 se realizaron entrevistas informales y abiertas a visitantes, turistas, estudiantes universitarios originarios de Atotonilco, y a algunos otros pobladores. Una de las preguntas hechas fue sobre el paisaje urbano de Atotonilco. Para todos los interlocutores en la localidad todavía es visible una zona de huertas que recuerdan las glorias pasadas cuando fue el principal productor de naranja del estado de Jalisco.

La presencia de esa franja arbolada entre la ciudad y el área agrícola fue registrada visualmente por todos. Sin embargo, prácticamente no fue visible el pueblo huertero, es decir, las pequeñas huertas o huertos que sobreviven a los nuevos patrones constructivos y urbanizadores, a los cuales hemos puesto énfasis en este documento.

Al caso de Atotonilco aplica lo que Guinot y Glick han señalado para la huerta de Valencia (*Ibid.*) ya que aquí también los canales principales han sido vertebradores del riego, de las dimensiones de los predios, de la forma de relacionarse de los pobladores con el entorno y de adaptarlo. Ello ha dado como resultado un patrón urbano y una arquitectura material y social particular, aspectos que no son considerados en los planes urbanos de desarrollo y de ordenamiento territorial, y que en caso de identificarse, no son bien vistos por los intereses de los desarrolladores inmobiliarios.

VII. A MANERA DE CONCLUSIÓN

El reconocimiento de los paisajes culturales como una categoría más de los bienes con cualidades patrimoniales abrió la puerta para que muchos países pusieran en valor peculiares formas de adaptación de grupos humanos a entornos específicos. La apropiación de esa política estatal a su vez creó las condiciones de posibilidad para mercantilizar al mismo tiempo que proteger. Ello explica el efecto avalancha de inversionistas, mercadotecnia y estrategias expertos en convertir las zonas de los paisajes distinguidos en destinos turísticos.

El éxito mercantil obtenido a consecuencia de esta oferta de destinos alternativos consolidó la idea de que el turismo era clave para detonar el desarrollo económico a cualquier escala y en cualquier punto de la geo-

grafía terrestre. Al establecer un mismo rasero para todos los casos, los paisajes culturales debían ser reconocidos acorde con su capacidad para atraer turistas y como consecuencia la vistosidad real o construida para esos destinos pasó a jugar un papel importante.

En este artículo he presentado un ejercicio de lectura del paisaje cultural de una localidad urbana ubicada entre la meseta alteña y los valles que se conectan con la ciénaga de Chapala en Jalisco. Una localidad que entre los diferentes paisajes que alberga en su interior y que lo configuran se encuentra el de un pueblo huertero, de raíces históricas pero también con sobrada actualidad.

Este ejercicio me permite argumentar que dejando de lado una discusión con respecto a la cualidad estética del paisaje huertero inserto en una localidad urbana, su valor estriba en sus características añejas y contemporáneas, y por ello debería analizarse la limitada correspondencia entre “paisaje cultural patrimonializado” y “turismo”.

La pregunta entonces es ¿Qué patrimonio se pone en valor? O para decirlo de otra manera, ¿qué pasaría si desaparecieran los paisajes culturales de los pueblos huerteros como el de Atotonilco? Éstos resultan ser una importante evidencia de otras formas de adaptación y transformación de entornos, de patrones de asentamiento harto funcionales, conseguidos vía una considerable cantidad de trabajo humano, organización social y conciencia del otro, asuntos todavía no superados por los modernos huertos urbanos.

Si desapareciera el paisaje de alguno de los sitios donde la distinción conferida se ha traducido en impactos comerciales y turísticos, los impactos recaerían sobre los pocos que dependen de la continuidad de ese patrimonio, pero no del grueso de la población que ha sido relegada de la participación y de los beneficios. Otros autores han mostrado que la riqueza económica no se desparrama en las zonas con paisajes culturales patrimonializados, más bien se concentran en los creadores de la avalancha (Por ejemplo, González, 2010; Villa, 2011).

A diferencia de ello, poner en valor los paisajes que hasta ahora no han sido bien vistos, esto es al visibilizarlos para promover su preservación en el tiempo frente a los embates especuladores existentes en las ciudades, implica el convencimiento de que el desarrollo local no debe pasar forzosamente por las vías de la promoción turística, máxime en un contexto de

pérdida de la soberanía alimentaria, de abandono del campo y de variaciones climáticas acontecidas en parte por apostarle a una modernización del campo vía la tecnología, el abuso de insumos químicos y de combustibles fósiles, asuntos que dada su escala no forman parte de este tipo de paisajes huerteros.

Visibilizar estos paisajes implica un viraje para reconocer que su valor está precisamente en el uso productivo que se hace de los mismos.

BIBLIOGRAFÍA

Archivo Histórico del Arzobispado de Guadalajara, Jalisco, México.

Archivo Histórico del Agua, Ciudad de México, México.

BOEHM SCHOENDUBE, Brigitte. El enfoque regional. *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, 1997, vol. XVIII, núm. 72, Zamora: El Colegio de Michoacán, pp. 17-46.

BOEHM SCHOENDUBE, Brigitte. El lago de Chapala: Su ribera norte. Un ensayo de lectura del paisaje cultural. *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, invierno 2001, núm. 85, vol. XXII, Zamora: El Colegio de Michoacán, pp. 58-83.

BOEHM SCHOENDUBE, Brigitte. *Historia ecológica de la cuenca de Chapala*. Zamora: El Colegio de Michoacán/Universidad de Guadalajara. 2006.

BOEHM SCHOENDUBE, Brigitte. SANDOVAL, Margarita. La sed saciada de la ciudad de México: La nueva cuenca Lerma-Chapala-Santiago. Un ensayo metodológico de lectura cartográfico. *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, otoño 1999, núm. 80, vol. XX, Zamora: El Colegio de Michoacán, pp. 15-68.

CABREIZO SANZ, Casilda. Paisajes urbanos e imaginarios: Herramientas para el conocimiento y la acción. Aplicación de una misma metodología en dos casos de aparente divergencia: Getafe y Roses. *Topofilia. Revista de arquitectura, urbanismo y ciencias sociales*. [En línea]. Abril 2009, vol. I, núm. 3, México: Centro de Estudios de América del Norte-El Colegio de Sonora. <<http://topofilia.net/coloquio09cabrerizo.html>> [1 de agosto de 2012].

CÁTEDRA MUNICIPIOS SOSTENIBLES. “Caracterización del paisaje. Ámbito estricto. Caracterización de las unidades de paisaje”. *Plan de acción territorial de protección de la huerta de Valencia. Estudio de paisaje*. [En línea] Valencia: Universitat Politècnica de València, s.f. <<http://www.upv.es/contenidos/CAMUNISO/info/U0550304.pdf>> [Agosto de 2012].

GONZÁLEZ TORREROS, Lucía. (2010). *Modelo turístico sustentable para el municipio de Tequila, Jalisco, México: Una perspectiva del desarrollo local*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Guadalajara. Guadalajara.

GUINOT RODRÍGUEZ, Enric. *El paisaje de la huerta de Valencia. Elementos de interpretación de su morfología espacial de origen medieval*. [En línea] Valencia: Universitat

- de València, 2010, pp. 98-111. <<http://www.thomasfglick.com/images/Guinot-%20Landscape%20of%20Valencian%20huerta.pdf>> [Agosto de 2012].
- JACKSON, John B. *Discovering the vernacular landscape*. New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1984.
- JELLICOE Geoffrey; JELLICOE, Susan. *El paisaje del hombre. La conformación del entorno. Desde la prehistoria hasta nuestros días*. Barcelona: Gustavo Gili, 2004.
- LÓPEZ BARAJAS, René; CERVANTES BORJA, Jorge. “Unidades de paisaje para el desarrollo sustentable y manejo de los recursos naturales”. En *Cultura estadística y geográfica. Revista de información y análisis*. [En línea]. Número 20, 2002. <<http://www.inegi.gob.mx/inegi/contenidos/espanol/prensa/contenidos/articulos/ambientales/paisaje03.pdf>> [Agosto de 2012].
- MARTIGNONI, Jimena. *Latinscapes. El paisaje como materia prima*. España: Gustavo Gili, 2008.
- MINCA, Claudio. “El sujeto, el paisaje y el juego posmoderno”. En Joan NOGUÉ (ed.). *El paisaje en la cultura contemporánea*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2008, pp. 209-231.
- PÉREZ, Edmundo. Paisaje urbano en nuestras ciudades. *Revista Bitácora urbano territorial*. [En línea]. Primer semestre 2000, núm. 004, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia., pp. 33-37. <<http://redalyc.uaemex.mx/pdf/748/74810406.pdf>> [Agosto de 2012].
- RODRÍGUEZ LÓPEZ, Rosalía. *El huerto en la Roma antigua. Su problemática urbanística y agraria*. Madrid: Dykinson, S. L., 2008.
- UZETA, Jorge. El paisaje desde el cerro: La construcción de un entorno otomí en Guanajuato. *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, 2001, núm. 87, vol. XXII, Zamora: Michoacán.
- VILLA FLORES, Arturo. (2011). *Gestión local y desarrollo regional: El papel de los actores locales en la apropiación de la riqueza tequilera exportable en la región Valles de Jalisco*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Guadalajara. Guadalajara.
- VIQUEIRA, Carmen. *El enfoque regional en antropología*. México: UIA, 2001.
- WEIGAND, Phil. “Evaluación de paisajes culturales: Los pasos en arqueología”. En *Homenaje a Brigitte Boehm*, Zamora. El Colegio de Michoacán, 2007. Ponencia Inédita.
- ZOIDO NARANJO, Florencio. El paisaje y su utilidad para la ordenación del territorio. *Geocalli. Cuadernos de geografía*, Desarrollo territorial y paisaje, septiembre 2006, año 7, núm. 14, Guadalajara: Universidad de Guadalajara, pp. 69-125.

